

Retorno a la democracia liberal y legitimación del saber: El imaginario dominante de la historiografía argentina (1983-1999)

JOSÉ OMAR ACHA - PAULA HALPERIN
(Universidad de Buenos Aires)

Resumen:

Análisis de las características de la consolidación de la historiografía argentina luego de 1983. Más que la descripción de la producción se intenta desglosar los valores paradigmáticos más arraigados y por eso decisivos de la comprensión dominante de la práctica historiadora. Se identifica como un núcleo central la relación entre el saber y la intervención política, dado que ese era un tema fundante de las concepciones historiográficas previas, de las cuales la historia actual en su mayor parte desea desprenderse.

Palabras Clave:

Historiografía argentina - práctica historiográfica - renovación - prácticas institucionales

Abstract:

Analysis of the Argentine historiography characteristics in the period after 1983. The comprehension of the dominant practice is centered in the study of paradigmatic values more than the works produced. The nucleus is identified as the knowledge-politics relation, assuming that this was a foundational theme of earlier historiographical conceptions, of which the most of contemporary History desires to disjoin.

Key words:

Argentine historiography - historiographical practice - renovation - institutional practices.

I. Introducción.

Puesto que la historiografía académica no es un saber libre de supuestos, ni es cierto que se desarrolle por la mera existencia empírica de quienes escriben historia, parece existir un implícito que la sostiene teóricamente. La historiografía actual, en Argentina (pero también en Europa), posee un rasgo decisivo, y que sobredetermina cualesquiera de los otros atributos que la caracterizan. Este rasgo supone una no siempre verbalizada teoría correspondentista de la verdad cuya validación se establece al interior de una estructura académica. Ahora bien, que un supuesto *metafísico* como esa teoría de la verdad se articule *sin problemas* con un supuesto *ideológico* como el tipo de legitimación existente, es un escándalo teórico y práctico. Tal es aquello que fortalece a la historiografía dominante para defenderse de la "ideología". Una creencia que, además de legitimar sus privilegios, coarta toda búsqueda de nuevos modos de hacer historia. Ahora bien, estas son condiciones actuales y no atributos ahistóricos. ¿Cómo se conformó tal situación?, ¿Cuáles son las diferencias que la alejan de otras convicciones? En este texto intentaremos desentrañar las razones de ese proceso en el desarrollo de los últimos tres lustros de la historiografía argentina.

La práctica historiográfica en la Argentina entonces, se nutre de este rasgo que hizo a su constitución como campo específico del conocimiento allá por el 1900, y que, por condiciones histórico-políticas específicas, definieron aún más, luego de la última apertura democrática, el desarrollo del quehacer histórico, la legitimación institucional de la disciplina y la red de relaciones entre sus diferentes ámbitos. El modo en que la defensa de las capacidades de la profesión se formula es un desacoplamiento de lo que se entiende por la anterior politización de la historia, que era -se dice- mala historia.

II. Discursos previos sobre la historiografía

La consolidación de la actividad historiadora en la Argentina, como sucedió en otras naciones, fue posible a través de la institucionalización de la docencia, la investigación, la publicación y consagración de sus practicantes. La operación que en los países europeos aconteció durante el siglo XIX, por condiciones históricas distintas sucedió en la Argentina durante el siglo XX. Fue así que con la fundación de la Academia Nacional de la Historia durante la década de 1930 la historiografía argentina se halló plenamente establecida. La publicación de la *Historia de la Nación Argentina* (dirigida por R. Levene) fue el producto máximo que legitimó una historiografía que se decía "científica". Las épocas previas, donde la autoridad de Bartolomé Mitre o la pluma de Paul Groussac conjugaban la indagación en fuentes con el renombre de ser, en palabras de David Viñas, *gentlemen*-escritores, eran superadas definitivamente por un aparato de producción de conocimiento cuya lógica estaba dada por la reproducción de las normas y exigencias de una propia institución. Si bien la denominada "Nueva Escuela Histórica" reconocía en Mitre un antecedente decisivo, es al mismo tiempo evidente que ajustaron cuentas con su modelo de intelectual para devenir historiadores "profesionales".

Es cierto que la historia académica -entonces representada por la Academia y la sección de historia de la Universidad de Buenos Aires- encontraba aun en la creación de un *gran-relato-de-la-patria* su contribución definitiva a la producción de una ideología de la nación. Sin embargo, acaso sea de mayor relevancia la legitimidad adquirida en tanto *institución*, con los consiguientes derechos: autonomía relativa para designar a los miembros de las mismas y, fundamentalmente, facultad de recibir fondos estatales. Tampoco la discreción obtenida en la asignación de atributos de verdad y falsedad parece ocluir el derecho acaso más efectivo de pretender construir una subjetividad ligada a la persistencia de la sociedad. En otras palabras, el monopolio de la ciencia coincidía con la contribución a la reproducción de lo existente, o en todo caso al acrecentamiento del mismo.

En efecto, a la consagración académica solía adicionarse una tarea de ilustración del público lector, para lo cual se redactaron manuales escolares. El conocimiento de la historia era también el de la nacionalidad, de las raíces propias, y así por el estilo.

La única impugnación sustantiva durante la primera mitad del siglo XX a esta comprensión de la historiografía la constituyó la corriente denominada "revisionismo histórico", consolidado durante los años treinta, al calor de la complejización de la cultura de derechas que los gobiernos conservadores favorecieron. En efecto, textos como aquellos de los hermanos Rodolfo y Julio Irazusta, Carlos Ibarguren, Ernesto Palacio y, un poco más tardíamente, José María Rosa, estatuyeron un conjunto de discursos en oposición ideológica a la historia tradicional a la cual impugnaban por un incorregible liberalismo. En cambio, la revalorización de Juan Manuel de Rosas representaba la añoranza de un pasado cuya superioridad sobre el presente les parecía obvia. A ellos les ocurría, en ese contexto, denunciar el carácter falsificado de lo que Palacio llamaba historia oficial, que se ejercitaba según él mediante "un verdadero terrorismo de la ciencia oficial, por medio de la prensa, la universidad y la enseñanza media".¹ La historiografía revisionista se proponía derruir el pulcro edificio ideológico de la historia liberal para cimentar una estrategia política que impusiera el orden y el respeto a la nación que, más que nada, la demagogia habría cuestionado, pero que el extranjerismo simbolizado por el tratado Roca-Runciman propugnado por la "oligarquía" condenaba a la claudicación.

Que las diferencias transitaban por lugares otros que la descripción histórica lo muestra la más temprana recuperación de Rosas por miembros de la Nueva Escuela.

Sería luego del primer período peronista (1946-1955) que la historia de rasgos eruditos y demasiado apegada a la interpretación textual de las fuentes se vería confrontada por otra que acusaba mayor impacto de las ciencias sociales. En efecto, lo que hoy se llama la "Renovación" historiográfica poseía ciertos rasgos indudablemente diversos de los de la Nueva Escuela, y no solamente por motivos generacionales². En efecto, la historia política (institucional)

¹ PALACIO, Ernesto. "Necesidad de una historia nacional", en *La historia falsificada*. Buenos Aires, Difusión, 1939, p. 15.

² Entre los miembros de la renovación podemos reconocer a mentores mayores como José Luis

ya no era considerada la manera única y excluyente de escribir, prestándose atención a los procesos sociales y económicos. En verdad, si quisiéramos nominar -con algo de arbitrariedad- a la historiografía renovadora deberíamos llamarla "historia económico-social", en consonancia con variantes similares que eran hegemónicas en otros países del mundo. Los valores respecto a la comprensión de la práctica historiográfica del heterogéneo conjunto de la renovación eran también disímiles.

Tomemos el caso de José Luis Romero. Este historiador *no representa*, sin duda, al conjunto. Sin embargo, que su idea de la práctica historiadora poseyera ciertas marcas da cuenta de una discusión que permeaba a toda la renovación. Y es que Romero veía con malos ojos una historia erudita sin intenciones más amplias que solamente dar cuenta de cierto acontecer. Una historiografía sin pretensión de poseer efectos en la sociedad no podría, según él, ayudar a entender la situación contemporánea y la vida histórica que la articulaba. Aludiendo a la historiografía hasta entonces dominante, Romero escribía en 1943 que la "La vida histórica parecía estar, pues, definitivamente muerta, y su estudio parecía ser como el de una anatomía que no condujera hacia una medicina, sino que fuera mera recreación de lo muerto (...) una persistente miopía profesional y cierta indiferencia ambiente debían conducir luego a una lamentable confusión de los medios con los fines, y los historiadores que la padecieron -y muchos la padecen aún- llevan la parte principal de la responsabilidad de haber sustraído a la experiencia humana el caudal de la que subyace en la vida histórica, transformando el conocimiento de ésta en un mero saber.»³

Ahora bien, la incomodidad de Romero con la historia de su tiempo residía en que consideraba que la sociedad se hallaba inmersa en una crisis profunda, crisis de valores y de estructura, frente a cuya magnitud nada parecía dar una respuesta pertinente. En esa urgencia se le hacía útil la invocación al saber histórico para, al menos, plantear los problemas a resolver. "La crisis", escribía, "cualesquiera sean sus caracteres, exige, puesto que impone una resolución, una conciencia de sí: hay que saber cómo se es y sólo el pasado constituye la realidad de cada uno. (...) ha surgido de la crisis una densa preocupación por el conocimiento de la colectividad por sí misma, manifestada, como perfección de la autoconciencia, a cuyo interrogante sólo el pasado puede responder"⁴

En cambio, un miembro más joven de la "renovación", Tulio Halperin, desconfiaba de la capacidad de la historiografía que Romero sostenía con tanta convicción, y llamaba más bien a fortalecer su rigurosidad y erudición, aunque no en los términos de la Nueva Escuela Histórica, a la que juzgaba como historiográficamente poco provechosa⁵. Sin embargo, por esas mismas fechas ese escritor mostraba también la legitimidad de preocupaciones no limitadas a

Romero y (desde la sociología) a Gino Germani, y Ceferino Garzón Maceda. Entre los más jóvenes a Roberto Cortés Conde, Ezequiel Gallo, Tulio Halperin Donghi, Darío Cantón, Reyna Pastor, entre otros/as.

³ ROMERO, José Luis. «Crisis y salvación de la ciencia histórica», en *De mar a mar*, n.º 5, febrero de 1943, incluido en *La vida histórica*. Buenos Aires, Sudamericana, 1988, p.35.

la elaboración de discursos. "Ante todo", aclaraba en 1955, "la investigación historiográfica debe permanecer cerca de los problemas vivos de nuestro tiempo". No obstante, ante la prevención a que obligaba el Revisionismo no dejaba de subrayar una estrategia inmejorable como la que habría ensayado Bartolomé Mitre, puesto que, decía Halperin, "[n]o significa esto que deba transformar las luchas del pasado en una alegoría de las del presente; debe sí alcanzar esa forma de actualidad que es propia de la historia, que hizo la grandeza de las grandes obras históricas (en nuestro país la de Mitre) y que liberará a nuestros historiadores de la tentación de acomodar su labor dentro de esquemas que han perdido ya validez".⁶

Otros sectores que surgieron también luego de la autodenominada Revolución Libertadora aprendieron a construir una mirada diferente de la práctica historiadora, que hacía de la política una exigencia no reñida con la especificidad de la producción de conocimiento histórico. Por el contrario, la historiografía funcionaba como crítica, y en algunos casos, como insumo de la política. Esta historiografía que en buena medida se encuadra en la "nueva izquierda" surgida por esos años, operó una transformación de los valores fundantes de la práctica⁷. Si bien muchos/as de ellos/as se vincularon con la "renovación" en otros casos nada le debieron. Un ejemplo es el de Milcíades Peña, quien no hacía de la imparcialidad una virtud metafísica. Si bien Peña no discute si su punto de vista es objetivo, y en ese caso cuál es la importancia de tener una perspectiva que se hace solidaria a la de la clase obrera, un marxista según él no tiene favores que devolver al pasado. "El historiador marxista", dice, "no necesita de la mentira que 'eleva' porque no lo atan intereses con ningún pasado que justificar u ocultar"⁸.

Sorprende escasamente, empero, que la relevancia de ciertos tópicos se remarquen por su pertinencia con las interpelaciones a que sometía la realidad contemporánea. En su texto sobre la Argentina de la época de Juan Manuel de Rosas se hacía por demás claro que no se trataba de un asunto exento de connotaciones que el autor se encarga de subrayar: contrasta la actualidad de la preocupación de los revisionistas de derecha de sus nostalgias por Ignacio de Loyola y Santo Tomás con la que le asignan a Rosas porque, indicaba Peña, actualmente se replanteaban ciertos interrogantes que "nunca dejaron de estar planteados —los mismos problemas de los días del Ilustre Restaurador ¿hay que ceder antes las potencias imperialistas? ¿Hay que aliarse con ellas? ¿Hay que defender la independencia nacional? Si hay que defenderla: ¿Cómo? ¿Para qué? ¿Quién? ¿Con qué métodos? Por eso es tan actual y apasionante el

⁴ ROMERO, «Crisis y salvación de la ciencia histórica», *cit.*, pp. 37-38, el subrayado es nuestro. Cf., además, «El hombre y el pasado», en *Clarín*, supl. «Cultura y Nación», 4 de diciembre de 1975.

⁵ Ver HALPERIN, Tulio. "Crisis de la cultura y crisis de la historiografía", en *Imago Mundi*, 1956, n° 12.

⁶ HALPERIN, Tulio: "La historiografía argentina en la hora de la libertad", en *Sur*, n° 237, 1955.

⁷ La nueva izquierda fue estudiada, a muy grandes trazos, por TERÁN, Oscar en *Nuestros años sesenta*. Buenos Aires, Puntosur, 1990.

⁸ PEÑA, Milcíades. *Antes de mayo. Formas sociales del trasplante español al nuevo mundo*. Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1973, p. 97.

problema de Rosas”⁹. Tales preguntas establecen una vinculación del presente con el pasado y del presente con el futuro. Ahora bien, esa conexión enlaza la expectativa del porvenir con la crítica del pasado, y le otorga a la investigación histórica un sesgo de enseñanza que se distingue de la historia como maestra de la vida¹⁰. El conocimiento es un instrumento de demarcación que reconoce la pertinencia de ciertos dilemas que en el pasado complicaron a los individuos, los grupos y las clases sociales. Ese suplemento transforma el registro en que se constituye la “ciencia histórica”, que abandona desde su inicio la teoría del conocimiento como reflejo transformándolo -al menos imaginariamente- en un instrumento de intervención política e ideológica.

Quienes partían de maestros más propensos a subrayar la autonomía de la historiografía frente a otras interpelaciones reconocían la necesidad de implicarse en discusiones concernientes al presente. Pero también aquí es necesario indicar que la especificidad de la práctica historiadora no era abandonada. Por ejemplo, en la discusión con A. Gunder Frank, un historiador marxista como Assadourian concluía del siguiente modo su crítica:

“He señalado franca y lealmente algunas disidencias con *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. He omitido casi todas sus virtudes y no quiero terminar sin dejar el testimonio de su virtud mayor: la de *desacralizar* el cientificismo sin objeto. A André Gunder Frank le corresponde plenamente ser identificado con ese *compromiso del intelectual*, un crítico social con el deseo y la valentía de decir la verdad, de acometer ‘la crítica despiadada de todo lo existente, despiadada en el sentido de que no ha de echarse atrás ni asustarse de sus propias conclusiones ni por conflictos con cualquier poder que sea’ (Marx). Ejemplo, en fin, para quienes practicamos el oficio del historiador afinando los instrumentos para hacer Ciencia del pasado, pero no como Ciencia del presente”¹¹.

Notemos en este pasaje la confluencia del rasgo epocal de la interpelación política de la escritura histórica, que empero no obsta para aclarar que ese compromiso sartreanamente subrayado no es una “ciencia del presente”, es decir, no deduce consecuencias necesarias para la práctica política.

⁹ PEÑA, M. *El paraíso terrateniente. Federales y unitarios forjan la civilización del cuero*. Buenos Aires, Ediciones Fichas, 1972, p. 55.

¹⁰ La diferencia con J. L. Romero puede comprenderse aquí como una cuestión en énfasis. Mientras para éste la historiografía daba sentido a la vida, permitía comprender el contexto y sus problemas, para los revisionistas de derecha y para Peña (y ello vale para J. A. Ramos y R. Puiggrós), la historiografía identificaba tareas *políticas* a emprender. La distancia de estas representaciones con el aspecto *humanista* del enfoque de Romero es clara.

¹¹ Carlos Sempat ASSADOURIAN. “Modos de producción, capitalismo y subdesarrollo en América Latina”, en AA. VV., *Modos de producción en América Latina*. Córdoba, Pasado y Presente, 1973, p. 76.

Entendiendo diferentemente las mediaciones entre historiografía y política, es evidente que no se trataba tanto de si existía una articulación entre ambas, sino más bien del modo de darse de lo que se consideraba como un supuesto: la conexión entre política e historia. De tal manera, décadas más tarde de la consolidación académica de la historiografía, buena parte de sus sectores más dinámicos (pues la inamovible Academia Nacional de la Historia no modificaba sus convicciones¹²) discutía abierta o veladamente el sentido de la práctica historiadora. Y hablamos de la problemática sabiendo que siempre existe un *a priori* político en toda producción de conocimiento. Lo peculiar de amplios sectores de la historiografía vinculada a las universidades o producida desde el exterior de las instituciones establecidas, es que tematizaban explícitamente la cuestión. La omnipresencia de lo político en el imaginario historiográfico de esa época es un hecho indudable.

Sin embargo, se trataba de una discusión cuyos términos no estaban resueltos de antemano. Plantear, como hace B. Sarlo, que "el discurso de los intelectuales [fue] canibalizado por el discurso político", es sólo un aspecto de la cuestión, que se hacía particularmente ardua pues la relación no fue de mecánica dominación. En realidad, era en el anti-intelectualismo populista donde la autonomía de lo intelectual era denostada por su alejamiento del "pueblo". Desde cierto imaginario de la verdad contenida en el "pueblo", el populismo pretendía la disolución de las costumbres pequeño-burguesas materializadas en la pertenencia a instituciones establecidas y en definición de "intelectual". ¿Hace falta recordar las imputaciones al estilo de Jauretche que tanta repercusión tuvieron en buena parte de la militancia política y sindical? Pero sería indudablemente erróneo encuadrar en esta creencia populista a todos/as los/as intelectuales de la izquierda, en particular los/as ligados/as al marxismo, que no siempre dejaron de lado la especificidad de la teoría y el conocimiento.

II. La nueva situación. Construcción de la práctica

Los mecanismos de consolidación del discurso histórico hegemónico hoy, se articulan mediante una serie de prácticas concretas dentro y fuera de la Universidad que resultan en una

¹² El académico Enrique de Gandía respondía a una encuesta realizada en 1973 por la revista *Crisis*, en una tonalidad muy diversa al conjunto de los demás encuestados (entre quienes hallamos a Félix Luna, Julio Irazusta, Jorge Abelardo Ramos, José L. Romero, Guillermo Furlong, y otros). Si para el resto la historiografía necesitaba cambios más o menos profundos, para de Gandía en verdad sucedía que "en la Argentina, nuestra patria, la historia se enseña bien... Querer cambiar, de golpe, estos estudios es aspiración de insensatos o de ignorantes, de políticos comunistas que quieren calumniar nuestro pasado, infamar a los grandes argentinos, para hacer creer a los pobres niños o ingenuos estudiantes que sólo los reformadores del presente, que nada saben ni nada representan, son los que tienen razón o van a construir una historia que será el paraíso de la humanidad". Ver, "¿Se enseña en la Argentina la historia real del país" (encuesta de Inés Prat), en *Crisis*, n° 7, 1973.

reproducción de la situación; más allá del control de los recursos y la apropiación de los espacios, esto redundaba en una escasa variación del tipo de preguntas que la historia oficial se hace hoy y de su relación con la cultura, la política y la sociedad.

Las prácticas institucionales que le dan cuerpo material a esta historiografía se basan fundamentalmente en un férreo control de los discursos disponibles, que a la vez funciona como herramienta de legitimación del saber y del oficio propiamente dicho. Las relaciones interpersonales entre los miembros del núcleo "duro" de estos historiadores e historiadoras con los organismos más importantes de financiación a la investigación -FOMEC, CONICET, SECYT, etc.- permitieron a lo largo de los años posteriores a 1983, incluso durante la difícil época menemista, asegurarse la permanencia de los lugares ocupados, principalmente en el área de investigación, así como garantizar cargos para los reducidos miembros elegidos por ellos/as para integrarse al sistema. La organización de equipos de investigación, el otorgamiento de becas y subsidios -incluso en organismos no oficiales como la Fundación Antorchas, por ejemplo-, la ocupación de los institutos de investigación dentro del ámbito universitario, la obtención de las cátedras centrales de la carrera de Historia en la UBA y el ingreso a la Academia Nacional de la Historia, el acceso a los más importantes medios de circulación pública de los saberes académicos, revistas y demás instancias¹³, derivaron no sólo la consolidación de un espacio, sino también el estancamiento de las preguntas que estos historiadores/as se hacen y su vinculación con la realidad socio-política.

Tal situación, que reconoce sin duda heterogeneidades, supone la *integración progresiva* de diversos ámbitos de producción de conocimiento histórico antaño distinguibles con claridad. Los principales centros de la historiografía actual se hallan hoy vinculados por innumerables lazos. ¿Cuáles son dichos centros? Ellos son, en esta jerarquía ideológicamente compartida por toda la historiografía dominante: 1) el departamento de historia de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, 2) la sección historia del complejo Instituto-Universidad Di Tella-Universidad de San Andrés, 3) la Academia Nacional de la Historia. Entre estos centros existe una red de solidaridad con algunas tensiones menores, pero que lentamente se van difuminando. El reciente nombramiento de Tulio Halperin (*factótum* de la historia de la primera institución mencionada) como miembro correspondiente en EE. UU. de la Academia Nacional de la Historia abraza la sintonía parcial pero innegable de los tres, dado que historiadores ligados a la Universidad Di Tella (Botana, Gallo, Cortés Conde) ya estaban integrados como académicos de número, y ellos mismos sostienen buenas relaciones con la Fac. de Filosofía y Letras. En reciprocidad, en la colección del "pensamiento argentino" que dirige Halperin, donde prepararon o prepararán volúmenes J. C. Chiaramonte y B. Sarlo-C. Altamirano, Gallo

¹³ Un simple contabilidad de quienes integran los comités evaluadores de las revistas más prestigiosas, como *Desarrollo Económico*, *Anuario del IEHS*, *Boletín del Instituto Dr. E. Ravignani*, *Estudios Sociales*, y otras, muestra la repetición de un conjunto muy limitado de apellidos, que son los mismos que organizan los congresos de la disciplina e integran comisiones evaluadoras y asesoras de florida diversidad.

y Botana hicieron lo propio con el consagrado a la segunda mitad del siglo XIX¹⁴. La historiografía dominante se haya en proceso de franca homogeneización, lo que no significa que será total, puesto que las disputas por espacios y renombres son demasiado frecuentes en esos ámbitos. El resto de la historiografía permanece en los márgenes, aunque no necesariamente por ello se discuten los *valores* antes mencionados.

La lectura de las causas de esta situación puede ser múltiple; podemos pensar más allá de las prácticas institucionales y remitirnos a la época de consolidación del grupo: una situación política que se abre a partir de la llegada del alfonsinismo con su cuota de resignación de antiguas posiciones y conformismo con la academización pero, sobre todo, con una forma "nueva" de pensar la articulación del discurso político en que amplios sectores sociales, en este caso intelectuales, adoptaron como medio de intervenir en la sociedad.

En ese sentido, los 90 profundizaron aún más las tendencias desarrolladas ya que, no sólo se asiste a una decidida y presuntamente irreversible retracción de la política revolucionaria sino, también, a un duro ajuste económico. Como resultado de todo ello encontramos una disciplina que se cierra sobre sí misma y se desvincula de los problemas sociales más primordiales, así como opera una transformación de la Historia en casi, diríamos, una técnica objetivista para reconstruir el pasado. La idea central es la de leer aquellos textos donde la verdad se encuentra dormida y extraerla de ellos.

Toda esta concepción funciona de manera armónica en cómo se implementa institucionalmente. El recorrido de las prácticas de afirmación en los lugares fundamentales de poder, tiene como condición elemental, la persistencia de las temáticas elegidas, en muchos casos triviales aunque no siempre, como manera de asegurarse dicha permanencia. Increíblemente, rara vez se asiste a una crítica profunda sobre las instituciones que estos hombres y mujeres defienden o sobre el tipo de investigaciones que llevan a cabo.

Las justificaciones de tan modesto papel, por quienes en algunos casos aspiraban a mucho más en otros momentos históricos, es justificada haciendo permanente referencia al macro contexto social y a la falta de interés de la sociedad por el discurso histórico. Esta retirada a los "cuarteles de invierno" es repensada y explicitada por este discurso hegemónico, pero también por algunos críticos, dentro y fuera del círculo académico.

Existe un argumento de esta transformación para analizarla de modo positivo, y que elude el enfoque institucionalista. Según tal versión de las cosas, asistiríamos a una degradación de la relación inmediata entre historiografía y política, pues la crisis de los grandes relatos explicativos ya no funcionan como donadores de sentido para la praxis. En otras palabras, la impronta metafísica de la historia estructural y socio-económica se habría fragmentado de

¹⁴ Cf. CHIARAMONTE, J. C. *Ciudades, provincias, Estados: Orígenes de la Nación Argentina (1800-1846)*. Buenos Aires, Ariel; HALPERIN, Tulio. *Proyecto y construcción de una nación (1846-1880)*; BOTANA, Natalio y GALLO, Ezequiel. *De la república posible a la república verdadera (1880-1910)*. Idem. Restan dos volúmenes, uno a cargo de Halperin para período 1916-1945 y otro confiado a Carlos Altamirano y Beatriz Sarlo, referido al período 1945-1989.

tal manera de imposibilitar la identificación entre cambio histórico y programa político. La historiografía (en particular la marxista y la vieja *annaliste*) daría lugar, probados sus fracasos, a la microhistoria y a la antropología cultural. La condición posmoderna favorecería intervenciones acotadas y modestas, aunque supuestamente más sutiles, sin poder sostener ya fines necesarios o caminos privilegiados al paraíso futuro. Ya no habría confianza en sujetos históricos (paradigmáticamente la clase obrera) ni proceso necesario (*el progreso*). Para Fernando Devoto la vinculación entre retirada de las grandes teorías y la deflación de la voluntad política es estrecha: "El punto de partida fue, sin duda, la gran crisis de los modelos de explicación macrosociales y de las hipótesis fuertes que no sobrevivieron a la desmentida, que les proporcionaba el mismo desarrollo histórico, ni a los climas menos ideologizados que comenzaron a imperar en los años ochenta"¹⁵. Si esta correlación es plausible, sucede que la mayor parte de las investigaciones que en la Argentina se hacen bajo el auspicio del rechazo del marxismo no son precisamente "posmodernas", sino que se aúnen a los cánones de la historia social pre-*linguistic turn*. En todos estos años *no* se ha escrito una sola buena obra de microhistoria, no se ha empleado la crítica deconstruccionista en la historia intelectual, no se ha aplicado consecuentemente la "descripción densa" del tan mentado C. Geertz. Más aun, hasta pueden hallarse glosas sobre la relevancia de ciertas obras marxistas siempre que sean revisadas de acuerdo a nuevas necesidades¹⁶. Por ello nos parece que si los cambios en las preferencias teóricas y la influencia de las modas intelectuales poseen su eficacia indudable, *la atención a las necesidades institucionales de reproducción de sí mismas son aún de mayor eficacia práctica*.

El retorno a la democracia formal y la reconstitución de la auto-representación de las/os historiadoras/es fue uno y el mismo proceso. A nuestro entender la más lúcida descripción y defensa de ese acontecer es un artículo de Luis Alberto Romero de 1996¹⁷. El autor planteaba allí que en la reconstitución del campo historiográfico a la salida de la última dictadura militar (1976-1983) se han obtenido un conjunto de resultados, que se caracterizan por sentidos positivos y sentidos negativos. Pero en un gesto típico de historiador, Romero antepone a su diagnóstico una filiación (y por ende también una diferencia) con las «generaciones» historiográficas precedentes. La Renovación habría cumplido así una tarea de fundación de una Nueva Historia, que no sin contratiempos -especialmente institucionales-, dejó planteadas preguntas fundamentales. Pero la cualidad de la Renovación que le interesa marcar es la vinculación entre la rigurosidad del método erudito aplicado en modalidades distintas a las preferidas por la tradición histórica dominante (la llamada Nueva Escuela Histórica), y la preocupación por la inserción del discurso histórico en la realidad socio-política y cultural en

¹⁵ DEVOTO, Fernando J. "Notas sobre la situación de los estudios históricos en los años noventa", en *Cuadernos del CLAEH*, 1994.

¹⁶ Por ejemplo, SABATO, Hilda. "Hobsbawm y nuestro pasado", en *Punto de Vista*, n° 46, 1993.

¹⁷ ROMERO, Luis Alberto. "La historiografía argentina en la democracia: los problemas de la construcción de un campo profesional", en *Entre pasados*, n° 10, 1996.

la Argentina post-peronista. La tensión de la naturaleza jánica de la Renovación se le presenta a L. A. Romero como distintiva frente a un Revisionismo Histórico que hacía caso omiso a una serie de reglas y saberes legitimantes de un discurso que se quiere científico. Desde luego, la ausencia de esa sujeción a una serie de convenciones del campo historiográfico en su situación empobrecería la contribución del desafiante Revisionismo, el cual se desbarrancaría en su faz eminentemente política, al mismo tiempo que su pretensión de conocimiento histórico (verdadero respecto a las infamias vertidas por el saber oficial) estallaría en la aporía de su simultánea audacia ilimitada con los documentos históricos.

Romero utiliza el esquema dicotómico rigurosidad metodológica/preocupación política, con el cual comprende las peculiaridades de las producciones históricas más dinámicas de las últimas décadas, para evaluar la situación de la historiografía académica actual. Entre ambos extremos, *juzgados positivamente*, se deciden las valoraciones que son para él importantes. En efecto, ambos extremos son, idealmente, reinvinciables. Y lo son puesto que por rigurosidad metodológica se designa un conjunto de atenciones no reductibles al cuidado en la interpretación filológica de las fuentes. Es así que ella domina una práctica en cierta consonancia con la producción historiográfica internacional (sus temas, sus perspectivas, sus canales de comunicación, sus estándares de evaluación de excelencia, etc.). Igualmente, por preocupación política se entiende un conjunto de posturas relativas a la contribución de la historia a la formación de una conciencia histórica lúcida en la "ciudadanía", la crítica del pasado, y el magisterio de la vida y la experiencia. Si tomados en sí mismos los extremos de la dicotomía son valorados positivamente, una combinación de ambos sería el objetivo deseable, en tanto que su unilateralidad no podría escapar de los límites de un saber ideológico y caprichoso o una serie de enunciados sin efectos prácticos, es decir, sin objetivos externos a los institucionales propiamente dichos. De tal manera que si la Renovación giraba en el medio virtuoso, el Revisionismo se apoyaba en un aspecto y devenía en su conjunto negativo, la Nueva Escuela se encerraría en una carencia de novedades y en la falta de una inserción conciente en la realidad social.

La larguísima década posterior a 1984 ha deparado no pocos logros, a juicio de Romero, respecto a la situación inmediata anterior. Las oscuridades y mediocridades del período 1976-1983 fueron sustituidas por nuevas historiadores e historiadores que cambiaron la fisonomía, y la lógica de funcionamiento, de las instituciones académicas, renovando temas, métodos, relaciones, y la práctica en general. Sin embargo, Romero asegura que no todo fue absolutamente positivo, en la medida en que quedan ciertas actitudes y comportamientos objetables, y en tanto la conexión ideal entre rigurosidad y compromiso intelectual no se presenta como evidente.

En el primer punto, es decir el concerniente a las «desprolijidades» en las disputas faccionales, Romero es sin duda escueto, dado que las «distorsiones» de un funcionamiento armónico y justo parecen siempre solucionables con el tiempo y mucha *buena voluntad*. Las violencias internas, las exclusiones y los equilibrios, parecen más amplios que los enunciados en el artículo, las vinculaciones que metafóricamente podríamos denominar «feudo-vasalláticas» son una norma, que como tal, se impone a los individuos como una práctica

compulsiva. Pero en nuestra perspectiva «pesimista» ello no tendría nada de raro, sino que confirmaría la existencia de reglas de competencia interindividual e intergrupales, en una situación de recursos (prestigio y dinero) escasos.

Es mucho más importante la cuestión segunda, vale decir, las implicaciones efectivas entre una práctica historiadora autolegitimada («el cumplimiento de las reglas del oficio») y sostenida por el Estado capitalista y/o las fundaciones del capital privado, respecto a las repercusiones públicas de esa misma práctica, que no necesariamente suponen una incidencia externa a los circuitos institucionales de producción de conocimiento. En el medio virtuoso que ve en la «Renovación» reside la preferencia de Romero, lo cual mantendría una irrenunciable sujeción a la crítica erudita y a la actualización periódica, junto a un interés por un efecto positivo de los discursos y prácticas historiadoras sobre la sociedad. En otras palabras, Romero desearía que las historiadoras y los historiadores poseyeran un compromiso socio-político y cultural con su tiempo sin dejar de ser tales, sin abandonarse a una identificación «revisionista» entre política e historia. Su postura es razonable en la exacta medida en que esta última posibilidad produciría una pobre historia y difícilmente una adecuada acción política. En su caso, Romero manifiesta que esa participación consistiría fundamentalmente en la consolidación de una democracia (sin adjetivos: *la* democracia, entonces). Pero, ¿es esta la realidad de la historiografía?

Lejos de la audibilidad que tiempo atrás la historia pudo tener (¿cuánta?), incapacitados/as para hacerse cargo de una tarea cívica juzgada necesaria para la formulación de verdaderos problemas históricos, los historiadores y las historiadoras renunciarían o se resignarían a la reproducción de *papers* y libros de circulación interna al campo intelectual-académico. Desde tal punto de vista, no es nada sorprendente que la separación entre «política» e «historia» sea juzgada como un dato, sobre el que habría que reflexionar para retomar la senda de la comunicación entre institución historiadora y sociedad de legos (o funcionarios dispuestos a ser aconsejados para bien de *la* democracia). Pero sucede que, si el primer del presente artículo es cierto, se nos hace evidente que la formulación de Romero es, al menos, inexacta.

Veamos los «objetos» de la práctica, es decir, los recortes en el conjunto de «realidades» posibles de ser estudiadas y consideradas como realmente existentes en el pasado: encontramos que es *política* la elección de temas, de enfoques, y de esquemas de análisis (también llamados «marcos teóricos»). Una serie de objetos son académicamente relevantes, otros son irrelevantes, y otros son «politizados». Sin haber perdido una autonomía que hubiera deslegitimado el campo por un lapso de tiempo impredecible, la utilización de fondos públicos y especialmente privados ha impuesto y cada vez lo hacen con mayor tesón, una adecuación conciente o inconciente de la elección temática o problemática con los estándares requeridos para su obtención. En la lógica del recorte objetual subyace una decisión -voluntaria o no- de ajuste a una serie de objetos designados, paradigmáticamente, como pertinentes para la investigación y la difusión: son preguntas para la construcción de bienes culturales que dadas la situación del campo y la posición de los/as investigadores/as en éste pueden aceptarse como tales, y no como aberraciones ideológicas. La diferencia de poder y prestigio entre los distintos

sectores hace que exista una distribución de recursos (en dinero y legitimidad) para los objetos que son posibles de estudiar. Ahora bien, parece que Romero plantea que esas decisiones no son necesariamente políticas puesto que están al margen de las preferencias de algún grupo o clase social específicos, o de las directivas ideológicas gubernamentales en general. De este modo se operaría una autonomización de la designación de los objetos de estudio relevantes para la opinión dominante en las instituciones. Suponiendo que la elección del espectro de objetos posibles pudiera calificarse -a pesar de Gramsci y de Foucault- como apolítico en la simplicidad tecnocrática del campo, la puesta en movimiento de la investigación y la publicación, difícilmente eluden la valoración política de su salida, y por ende en los criterios para permitir un trabajo legitimado institucionalmente. (Con todo, reconociendo la índole política de la investigación y la escritura, permanece la pregunta por la fatuidad de la faz política de la misma si los efectos de la práctica son nulos sobre el exterior de sí misma. Es decir que si la politicidad de la práctica historiadora se agotara en sus «lugares»).

Romero prefiere presentar la «profesionalización» como una realidad abstracta, técnica, formal. Admite que esa regulación de la práctica historiadora tiene su origen más general en la ruptura de antiguas convicciones (agregaríamos: y nuevos miedos). Es así que la dictadura militar creó las condiciones psicológicas para creencias compartidas: «Muchos historiadores marcharon al exilio, y muchos de ellos completaron su formación profesional, escribieron sus tesis, que serían los buenos libros publicados en la década siguiente, se profesionalizaron y se familiarizaron con las prácticas del mundo académico internacional»¹⁸. Existió una absorción de ciertas reglas consolidadas en otras partes, ciertamente, pero sobre una matriz psicológica e ideológica diferente a la anteriormente existente, y en una diferente relación y posición de fuerza en y entre las clases sociales. Fueron esas normatividades las que posibilitaron una unificación del campo, cuyos criterios -señala Romero- «no se asentaban tanto en lo político como en lo académico». Sin embargo, la productividad del campo, que lejos de la onda cuantitativista Romero describe como «una apreciable cantidad de libros»¹⁹, es probablemente menor que las obras que se escandieron a partir de la Renovación y, con mayor seguridad, menor que la media internacional. Ello se potencia si consideramos el aspecto cualitativo, es decir, la originalidad de los enfoques, la reforma de las preferencias metodológicas, etc. Una historiografía como la Argentina, que siempre estuvo y está dependiendo de las innovaciones provenientes de países más allá del Ecuador, sufre una crisis de producción que no se explica totalmente con el recuerdo del empequeñecimiento del mercado lector o de los subsidios a la

¹⁸ ROMERO, L. A., «La historiografía argentina en la democracia», p. 94. Abordan la cuestión en tono similar, entre varios escritos, SABATO, Hilda. «Sobrevivir en dictadura: las ciencias sociales y la 'Universidad de las catacumbas'», en QUIROGA, Hugo y César TCACH (comps.). *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario, Homo Sapiens, 1996. VESSURI, Hebe. «Las ciencias sociales en la Argentina: diagnóstico y perspectivas», en OTEIZA, Enrique (comp.), *La política de investigación científica y tecnológica argentina*. Buenos Aires, CEAL, 1992.

¹⁹ ROMERO, art. cit., p. 102.

publicación. Como indica Romero, la duplicación de las publicaciones (cambio de título mediante), o la adopción del imperio del *publish or perish* bajo las condiciones que hace ya tiempo Varsavsky se encargó de explicitar, seguramente mostrarían que la exuberancia productiva que no pocos aducen como legitimación es menos cierta que aquello requerido por sus deseos de quedar en la inmortalidad justificaría.

Ahora bien, parece cierto que con los matices que se le pudieran discutir, el «campo profesional» ha reconocido las «reglas del oficio», ha construido su propia ideología de la «objetividad», y ha moldeado sus instituciones de consagración. También parece adecuada la descripción de las falencias que se presentan: división facciosa entre los que están adentro y los que están afuera, ambiente «excesivamente conformista», instalación de relaciones vasalláticas entre «patrones» (el sustantivo es de Romero) y dependientes, ausencia de renovación de la «imagen general de nuestra historia». Esos efectos no necesariamente queridos hablarían de una «deuda con la sociedad», frente a la que parecería necesario proponer algún «gran relato», «capaz de justificar la utilidad de nuestro trabajo en la posibilidad de responder a las preguntas de la sociedad o, mejor, de ayudarla a plantearse las preguntas necesarias»²⁰.

Diversas son las «funciones» que otros historiadores asignan a sus tareas profesionales, y que pueden distinguirse de la propuesta de L. A. Romero. Para F. Devoto, «...la historiografía que no desee girar sobre sí misma y abandonar toda función social, no debería proveer de grandes relatos organizadores, ni de estériles informaciones acumulativas sino que debería promover una reflexión crítica sobre la forma de construir esos relatos. Los instrumentos para ello son ciertamente la proposición simultánea de relatos alternativos entre sí, enfatizando las dificultades, los límites (pero también los alcances) que presentan las operaciones de conocimiento del pasado»²¹. Va de suyo en esta posición que la «función social» es *interior* a la práctica historiadora, mientras que la intervención pública de las y los intelectuales dedicados a los menesteres de los archivos no es tematizada. Se entiende que en una perspectiva defensora de la exclusión de otras preocupaciones a las presuntamente propias de los académicos el «compromiso» consista en observar las condiciones internas de la validación.

Un tipo de reflexión análoga ensayan -con otros argumentos- dos exponentes del núcleo central de la historiografía dominante, Hilda Sabato y José Carlos Chiaramonte²². El autor de *Mercaderes del Litoral*, inquirido en una entrevista, hace una larga reflexión acerca de la evolución de la figura del intelectual durante la década del 60 y 70, ligada a una necesidad de

²⁰ Art. cit., p. 106. Romero posee el mérito de haber propuesto un «gran relato» de lo que podríamos llamar, quizás con cierta ironía, el consenso argentino. GUTIÉRREZ, Leandro y ROMERO, Luis Alberto. *Sectores populares, cultura y política. Buenos Aires en la entreguerra*. Buenos Aires, Sudamericana, 1995, pp. 10-11. Véase también su artículo, «Política democrática y sociedad democrática», en *Estudios Sociales*, 1996, n° 10.

²¹ DEVOTO, art. cit.

²² Entrevistas en HORA, Roy y TRÍMBOLI, Javier. *Pensar la Argentina*. Buenos Aires, El cielo por asalto, 1994.

compromiso con la realidad socio-política que implicaba una preocupación por el todo social y un objetivo de omnicompreensión. Esto en la actualidad cesaría como modelo, visto y considerando los cambios político-sociales acaecidos luego del surgimiento de la democracia. Estos cambios guardan una relación con una imposición de la "especialización" -¿producto, quizá, de la imposición de la lógica de mercado?- a la que Chiaramonte juzga de manera casi acrítica y como necesaria para el mejor desarrollo de la disciplina.

Por otro lado, una vez hecho el balance de anteriores historiografías, tanto de corte liberal como revisionista, desarrolladas en el pasado, la conclusión se aviene de manera unívoca: ambas vertientes poseían una muy poca rigurosidad académica a la vez que un fuerte componente de vinculación con la realidad social e inquietudes que le permitían hacerse preguntas que revestían un interés de tipo colectivo. La historiografía vigente hoy debería instalarse como discurso académico serio frente a las versiones literarias de la Historia, pero fundamentalmente, de cara a la sociedad, mostrar la imposibilidad de ofrecer soluciones sobre el presente; dice al respecto que "[e]n los últimos cincuenta años, la historia cultural del país ha sufrido el desarrollo de una literatura que es mal llamada historiográfica, de la cual forma parte el revisionismo histórico en sus dos vertientes, de derecha y de izquierda. Esto le ha hecho daño a la historia, pero más a la política, porque ha ayudado a mantener confusiones muy lamentables. Lo mejor que puede ocurrir es que a la opinión pública llegue un mensaje que le haga ver que la historia es una disciplina que no va a dar las respuestas del presente".

Podríamos acordar que la necesidad de rigurosidad de la investigación académica y del trabajo de archivos así como la investigación empírica, son compromisos ineludibles que los historiadores y las historiadoras deben darse. La historiografía, en la Argentina carecía de ese proceso que comenzó su desarrollo, precisamente, con el advenimiento de la democracia liberal. Empero, no se trata de hacer de la necesidad una virtud: rigurosidad y trabajo de archivo no supone un antagonismo patente con el otro término de la ecuación; la seriedad de los análisis históricos implican, para nosotros, una forma de intervención social y política de mayor envergadura y claridad, *no* fundamentalmente ganarle la batalla a los novelistas que mitifican el pasado.

H. Sabato realiza un planteo un tanto más crítico que el ofrecido por Chiaramonte. De alguna manera, su propia biografía es el recorrido de la historiografía a partir de las décadas de los 60/70; las inquietudes y preguntas que se hace la historia y su relación con la política y la sociedad están vinculadas al propio derrotero de la autora. Con ello, se llega al período de exclusión desde la Universidad y al período de reconstrucción democrática alfonsinista. El planteo específico radica en la comprensión de una nueva época, donde el/la historiador/a ya no intervendría en los asuntos político-sociales de la misma manera militante que en el pasado; la práctica historiadora no pasa ya por la política, sino que otras formas de intervención son necesarias en esta sociedad tan diferente a la de antaño; formas que se relacionan, fundamentalmente, con los medios de comunicación.

Las instituciones reconstruidas luego de la etapa oscurantista del proceso, se levantaron en parte con el concurso de los/las mismos/as historiadores/as que ayer creían en la revolución; esto es suficiente para atenuar las críticas que la autora misma hace a los mecanismos

institucionales en funcionamiento, pues atina a decir que le preocupa "la constitución de un statu quo fuerte, de una institución que ella misma se convierta en un chaleco de fuerza para el desarrollo de un pensamiento crítico. Me preocupa que aquellos desarrollos institucionales que van garantizando carreras individuales, con pasos establecidos, con jerarquías, con caminos más o menos fijados de antemano y muy marcados por la cooptación -desarrollos que son por un lado positivos- se conviertan a la vez en trabas para el florecimiento de un pensamiento crítico, orientado a eliminar el debate público. No es inevitable que ello ocurra".

Si es saludable prevenimos de la correspondencia de estos dichos con los hechos (un señalamiento que la sabiduría popular dirigiría también a nosotras/os), lo cierto es que estas contradicciones dejan incólume la práctica que se pretende analizar. Pareciera que esos mecanismos de cooptación y sojuzgamiento de aspirantes al estrellato académico podrían mitigarse lo suficiente para hacer soportable la situación. En esta inteligente estrategia es donde hallamos a la defensa más acérrima de lo existente, libre de crítica radical. Y si sería obvio que esa conducta fuera esperable de quienes detentan las riendas de las instituciones establecidas, no es menos necesario indicar la *mala fe* (Sartre *dixit*) que fluye detrás de tan buenas intenciones.

Un tipo de respuesta alternativa y menos preocupada se ensaya desde algunos de los sectores más "jóvenes" del núcleo historiográfico dominante. Aquellos que se ubican en el lugar de recambio generacional de éste, quienes plantean en una manifestación fundacional²³, su parecer en relación a la situación vigente del campo y la necesidad de creación de herramientas válidas para la contribución a la democratización de la producción histórica, donde puedan acceder aquellos historiadores nóveles interesados "por desentrañar los hilos del pasado", en una confluencia de individuos que producto de formación e influencias disímiles y posturas historiográficas igualmente diferentes, puedan trascender sus ámbitos de producción y tiendan a conformar una línea común para mejor resolver los problemas que se plantean dentro del campo.

Ahora bien, más allá de las referencias a las cuestiones propias de la "profesión" -enseñanza de la disciplina, investigación, producción de artículos, la preservación de los archivos- nada se comenta allí a cerca de los problemas de la historiografía vigente, la relación entre historia y sociedad, y fundamentalmente, el papel de la historia como parte referencial fundante legitimadora de los discursos políticos.

Este grupo, formado fundamentalmente por investigadores y docentes que conformarían una "segunda línea" dentro del núcleo, considera que los problemas aparecidos hasta ese momento en el campo son aquellos exclusivamente referidos a la redefinición del saber académico, las dificultades de reactualización bibliográfica y la calidad de la enseñanza²⁴.

²³ "¿Por qué Entrepasados?", en *Entrepasados*, 1991, n° 1.

²⁴ Un punto no debe olvidarse en la posible pregunta sobre las condiciones de la historiografía existente, y se refiere a lo que en términos un tanto toscos suele aludirse cuando se dice "lo teórico". Y no habría que subestimar la agudeza de su importancia para la reflexión. En efecto, la incisión en los títulos epistémicos de la historiografía supone, por lo menos, cuatro campos que un pensamien-

Se ve bien que el *status* privilegiado de la historiografía como tal, con un lugar específico en la división social del trabajo, con sus porciones de saber y de poder anejas al monopolio del conocimiento "científico", para los historiadores e historiadoras es tan natural como una manzana, y que en todo caso sería deseable que transcurriese bajo modalidades aceptables y relativamente comprometidas en la tarea (secundaria) de formar ciudadanas/os para la república. Existe, pues, una ceguera de la diferencia entre una esfera relativamente protegida de las inclemencias de la sociedad como son las instituciones académicas, y los amplios sectores sociales que sufren el castigo de la pobreza y la marginación de las gratificaciones en una organización social que hace ya tiempo podría existir -si no fuera como es- sin un precio tan escandalosamente alto. La preocupación por las poco honorables conductas que se ven en las más jóvenes aspiraciones a la consagración académica por seguir al pie de la letra las posiciones historiográficas establecidas, con el fin de ocupar algún mínimo cargo u obtener una beca, la ausencia de discusión en el interior de las instituciones que no existen para eso, no parecen inquietudes adecuadas para cuestionar verdaderamente la práctica historiadora existente.

III. Algunas críticas y cuestionamientos

Las impugnaciones que surgieron en este ámbito disciplinar provienen de sectores relativamente marginales de las instituciones académicas, y casi exclusivamente de los sectores más jóvenes. Este dato no podría valorarse en exceso: ya no existe una producción histórica sustantiva exterior a dichas organizaciones del saber. Se ha consumado el monopolio del saber historiográfico, y aun la disidencia persiste *en* sus márgenes, es decir, también comparte al menos por ahora- las reglas de las instituciones. Veamos los argumentos de algunas de esas impugnaciones a la historiografía²⁵.

to radical puede reconocer. La pretensión de verdad que la constituye implica: a) una epistemología, b) una metódica, c) una ontología, d) una política. Hemos mencionado la creencia fundante de una epistemología práctica que funciona como ideología espontánea de la historiografía (realismo ingenuo matizado), que obtura cualquier escepticismo sobre sus pretensiones teóricas. La solución de éstas en las "investigaciones empíricas" elimina su exigencia de rigor en favor de la legitimidad institucional. Pero esta misma estrategia ha aminorado la fuerza de otros cambios (en los puntos b y c) que pueden observarse en otras historiografías que, por lo demás, son consideradas modelos para la argentina. La decisión de la revista francesa *Annales* de modificar conscientemente sus presupuestos teóricos en esos campos (b y c) no encuentran un paralelo en estas tierras, salvo en los argumentos pasibles de ser empleados contra lo que resta o nace de influencia marxista (y quizás de el alicaído populismo). La renovación de los enfoques ontológicos (¿qué es la sociedad?, ¿de que hablamos cuando hablamos de "discurso"?, etc.) apenas si han producido algún texto de valor. No existe un D. LaCapra que se atreva a proponer un giro lingüístico radicalizado. Tampoco un M. Gribaudi que defienda una microhistoria consecuente. Ni que hablar de la falta de una J. Scott que deconstruya sin pena los esencialismos identitarios.

²⁵ Es de suma importancia comprender que tanto las posiciones conformistas respecto a la práctica historiadora como las inconformistas que vamos a reseñar, están estrechamente relacionadas con la

Una expresión de la cual no pocas/os de quienes se desean distanciar de la historiografía argentina dominante es, por tomar un ejemplo, la siguiente del indudablemente más brillante de los historiadores argentinos de las generaciones pasadas:

“Una de las razones por las cuales me negué a reeditar *Argentina en el callejón* cuando me lo ofrecieron hace unos años, fue porque temía que el libro hablara todo el tiempo de dependencia. Después descubrí que no, pero [Carlos] Altamirano es un lector demasiado sagaz; sí, habla de dependencia. Creo que no es necesario explicar porqué no hablamos más de dependencia; no porque no haya dependencia, sino porque las recetas para escapar de la dependencia resultaron todas malas y quejarse de la dependencia es más o menos como quejarse del régimen de lluvias”.²⁶

Por diversas razones, que nadie podría prejuzgar como siempre confesables, ciertas actitudes querrían desprenderse del naturalismo derrotado de un Halperin indudablemente alejado de otras posturas suyas de todos modos no demasiado “irreales” (el libro mencionado es de 1964)²⁷. Pues bien, esa contemplación que parece desprenderse de la aceptación, que Halperin supone “lúcida”, de lo que sería inevitable se adecua y sostiene muy bien al conformismo académico argentino. Aunque es cierto que todas las recetas para superar la dependencia han fracasado, no es de sorprender que otras aspiraciones entren en liza respecto al modo de leer lo histórico.

Una expresión reciente de inconformismo que nucleó a jóvenes historiadores de la Facultad de Filosofía y Letras (U.B.A.), denominado *Manifiesto de octubre*, resumía buena parte de las razones hasta entonces empleadas para no compartir el orgullo por la marcha de la historiografía argentina (y la actividad intelectual en general)²⁸. La desconexión entre interés político y escritura histórica, la complacencia con las prácticas jerárquicas y “feudales” de las cátedras universitarias, la naturalidad con que se aborda la persistencia de la mediocridad, la escasa productividad de conocimiento. Frente a tal situación, ese documento se proponía abrir

Facultad de Filosofía y Letras de la U.B.A. Es posible que en el “interior” del país hayan surgido intervenciones al respecto y que por nuestro incorregible provincianismo porteño no conozcamos. El hecho es que otras instituciones bien conocidas no dan lugar a expresiones como las que siguen. Es indudable que aquella Facultad posee, a pesar de todos los tesoneros intentos de destruirlos, algunos rasgos “setentistas” que no existen o apenas sobreviven en otras instituciones. Se da, pues, la paradoja que en espacio más prestigioso de producción académica es también aquel que, sin que ello sea una muestra de pluralismo de sus autoridades, permita el surgimiento de voces alternativas.

²⁶ HALPERIN, Tulio. “A treinta años de *Argentina en el callejón*”, en *Punto de vista*, 1993, n° 46.

²⁷ Véase, sin embargo, el volumen homenaje: HORA y TRÍMBOLI (comps.). *Discutir Halperin*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1997.

²⁸ *Manifiesto de octubre* (firman: E. Adamovsky, J. Cernadas, I. Lewkowicz, H. Tarcus, J. Trímboli, J. Vezub, F. Wasserman), Buenos Aires, 1997; fue publicado en 1998 como separatas de las revistas *El Rodaballo* y *El Ojo Mocho*.

la discusión frente a quienes, si alguna vez fueron movilizadas/os por intereses mayores que los exigidos para obtener cargos prestigiosos, ahora sostenían instituciones de escasa relevancia para una práctica intelectual crítica.

Del mismo tenor fueron las intervenciones de Roy Hora y Javier Trímboli en diversos lugares²⁹. Si reconocen que estamos ante una historiografía "inegablemente prolífica", abogaban por "articular un saber específico con una práctica más amplia que, por supuesto, no requiere de la renuncia al lugar de historiador, sin que se alimenta de él"³⁰. Más radical es la perspectiva de Pablo Pozzi, quien reivindica la inscripción de la actividad historiadora en una conversación con la clase obrera y las clases subalternas, siendo esta la instancia privilegiada de legitimación³¹. En este autor encontramos, junto a esa revalorización del "intelectual orgánico", una apreciación del marxismo que parece muy lejana a la visión de Hora y Trímboli, quienes parecen no notar cuán parecida es esta actitud suya a la retirada del "determinismo" marxista de muchos/as intelectuales de quienes no desean ser reflejos. Lo mismo vale para la composición positiva linealmente admirativa que hace Pozzi del modelo "setentista" de intelectual. En el *Manifiesto de octubre* y en los escritos de Hora y Trímboli el rechazo de ese modelo apenas si posee atenuantes (y tampoco una discusión sustantiva), en similar consonancia con la opción socialdemócrata tipo "tercera vía" de buena parte del cuerpo profesoral.

Y si Pozzi es ambiguo respecto al marxismo, menos matices encontramos en la crítica de E. Sartelli a la historiografía argentina³². Es así que defiende el marxismo sin demasiadas dudas, pero fundamentalmente apela a la política como una salida (¿mágica?) a la situación³³. Sostiene que "sin una apuesta política que guíe la labor intelectual, surge la carrera académica como un fin en sí mismo, el viaje 'iniciático' a universidades extranjeras, el 'papelito' como certificado de méritos intelectuales". El resultado sería la reproducción de la situación y la sujeción de las nuevas camadas a la nueva dogmática academicista. La reciente recuperación de la figura de Milcíades Peña, un historiador como pocos desgajado de la consagración académica, pretende ir, también, contra esta misma sujeción al mostrar que otra práctica historiadora es posible³⁴. Que allí se encuentre *la* respuesta a la crisis actual es empero dudoso.

²⁹ Prólogo a *Pensar la Argentina*, op. cit., y "Las virtudes del parricidio en la historiografía. Comentario sobre la mirada de Ema Cibotti a la 'generación ausente'", en *Entre pasados*, no. 6, 1994.

³⁰ HORA y TRÍMBOLI, "Las virtudes", op. cit.

³¹ POZZI, Pablo. "Hacia una alternativa intelectual", en *Taller, Revista de Sociedad, Cultura y Política*, n° 7, agosto de 1998.

³² SARTELLI, Eduardo. "Tres expresiones de una crisis y una tesis olvidada", en *Razón y Revolución*, n° 1, 1995.

³³ Apenas si se ha comenzado a rediscutir en Argentina la problemática del marxismo en historia. Ver ASTARITA, Carlos. "Notas para la agenda de historiadores marxistas", y ACHA, José Omar. "Problemas actuales de una historiografía marxista", ambos en *Debate Marxista*, no. 11, 1998.

³⁴ TARCUS, Horacio. *El marxismo olvidado en la Argentina. Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires, El Cielo por Asalto, 1996.

Un signo de nuestros tiempos es que casi ninguna de estas críticas articule una modalidad práctica diversa de construcción de conocimiento histórico y actividad política *fuera* de los espacios académicos. Quien alude a la cuestión es P. Pozzi, aunque sin desarrollar tan complejo problema. Una excepción la constituye la creación por H. Tarcus del Centro de Investigación y Documentación sobre la Cultura de Izquierdas (Cedinci) en Buenos Aires³⁵. ¿Cómo articular voluntades para la realización de investigaciones que no reporten dinero ni prestigio académico?, ¿cuáles son los posibles caminos para la publicación?, ¿quiénes serían los interlocutores del conocimiento?, ¿qué problemas implica el financiamiento?, etc., son temas que esas críticas no trataron.

Estas últimas deficiencias para perspectivas que se ven a sí mismas como radicalmente diferentes en cuanto a valores y deseos de la historiografía dominante podrían dar pábulo a la recíproca crítica sobre su carácter interesado: ¿acaso no se trata solamente de jóvenes en busca de legitimación por otras vías que las del *cursus honorum* o de pares marginados por motivos más o menos justos? No estamos en condiciones de considerar tal posibilidad, que sin duda no cambia el problema, reduciéndose a una falacia *ad hominem*. En todo caso, vemos que aun el contra-imaginario de la historiografía académica persiste hasta ahora preso de las constricciones de los muros institucionales. Los intentos de espacios alternativos, empero, por fragmentarios y pasajeros que fueran, son cada vez más visibles. Encontramos un conjunto de revistas culturales y políticas que comienzas a socializar los conocimientos por canales no oficiales que si bien no otorgan *curriculum*, están abiertas a nuevas preguntas e intenciones emancipatorias. También existen programas de investigación y centros (como el mencionado Cedinci), que intentan funcionar con una lógica abierta y novedosa. Todo esto aun no niega que reste mucho por construir, ni que estas experiencias estén fuera de discusión.

IV. Las necesidades de una nueva historiografía

En una discusión de las condiciones de existencia de la historiografía actual a nadie -y no somos la excepción- se le oculta su carácter *situado*. Escribimos desde un punto de vista. Desde allí quisimos mostrar las argumentaciones respecto a la distancia entre las anteriores configuraciones de sentido asociadas a la práctica historiadora pre-dictadura (que en muchos casos la inscribían en otra práctica *par excellence*: la política) y las dominantes en el contexto del retorno a la democracia liberal.

El nuevo "capital" necesario para competir en la arena del campo intelectual específico de la disciplina histórica se ha transformado. Ya no se trata de identificar el saber con un sujeto social que lo "realizara", ni que la investigación "empírica" diese vigor a una potente interpretación. Inspirados/as en N. Elias o en Horkheimer y Adorno, algunos/as podrían considerar la cuestión desde el ángulo de un cambio civilizatorio, en el cual una razón tecnocrática guiara a la tarea historiadora, perdidas irremediabilmente otras (perimidas) modalidades de

³⁵ Datos de esta institución en *Entrepassados*, n° 15, 1998.

legitimación. Sería, así, que la transformación incidiría en una nueva función de inclusión de imperativos prácticos a la solución de problemas inscriptos en las agendas de quienes toman las decisiones. En otras palabras, la figura ideológica del intelectual universal habría dado paso, por la complejización del sistema científico-comunicativo en el capitalismo tardío, a una nueva especie de "intelectual orgánico" del *management* de instancias de la sociedad. La producción de conocimiento se convertiría en racionalización de objetivos externos, y el ideal romántico de la *Bildung* perecería ante la acumulación de *curricula* y procreación taylorista de *papers* (¿como éste?).

Puede que las condiciones de posibilidad para las prácticas institucionales de producción de conocimiento estén sometidas nuevas coerciones, y hasta pueden comprenderse las inquietudes que ello puede producir³⁶. El sometimiento de la tarea intelectual a las lógicas institucionales plantea un dilema que nada parece próximo a resolver sino en un cuadro de situación caracterizado por la impronta tecnocrática que desde las decisiones estatales comenzaron a derivarse con la creación de los sistemas científicos y tecnológicos, y que la imposición progresiva pero inexorable de la racionalidad instrumental sólo sistematiza e incrementa en violencia.

En este contexto va de suyo que la pregunta es: ¿cuáles son los intereses de conocimiento relevantes para la historiografía actual? Una descripción de la normativa metodológica, que no podría sino imitar sin éxito a Langlois y Seignobos³⁷, no agregaría nada a la crítica. Si las consideraciones previas pudieron aludir a ciertas posiciones al respecto, quizá se comparta la insatisfacción por su incompletud, o su limitación a declamaciones que no alcanzan a cubrir la superficie práctica que muestra conductas muy en contra de tan nobles oficios. En cualquier caso la polémica es imprescindible para el planteo de la cuestión. Hemos repasado las convicciones principales de la historiografía actual, y éstas muestran buena parte de sus limitaciones para hacer de la práctica historiadora algo más que reproducción. Se entiende que nuestra argumentación no se dedicara a discutir las interpretaciones de la "empiría" presentes en la historiografía dominante: haciéndolo aceptaría la *referencia* científica y no ideológica que justificaría una práctica historiadora autónoma y reproductora de lo existente (sin embargo acordamos que la vinculación de esa práctica con su producción "científica" es una discusión pertinente). Nos preguntamos: ¿es relevante para la historiografía dominante que la sociedad esté dirigida (aunque no sólo) por el capital, el dolor y la ideología? Esta no es, empero, una pregunta que se consideraría pertinente para la "ciencia". Puesto que la "ciencia" es una construcción, actualmente está construida libre de intereses emancipatorios, o lo que es lo mismo, está satisfecha. Una crítica de la razón histórica está, pues, a la orden del día.

³⁶ TENTI FANFANI, Emilio. "Del intelectual orgánico al analista simbólico", en *Revista de Ciencias Sociales*, 1994, n° 1, pp. 19-29.

³⁷ MOREYRA, Beatriz J. *El oficio del historiador*. Córdoba, Centro de Estudios Históricos, 1995.